PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE.

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10ª edicion francesa.

Empieza en la pág. 396.

CAPITULO XXVIII.

La partida de los voluntarios.

Seguido de mis hijos salí de aquella pacífica morada, donde habia al fin sorprendido el secreto de la grandeza americana. La ciudad habia cambiado de aspecto; las casas estaban empavesadas. En todas las ventanas la bandera federal ajitada por el viento, desplegaba sus fajas rojas y azules y sus treinta y cuatro estrellas como una muda protesta en favor de la Union.

Un cartel inmenso anunciaba en diversos parajes el desastre del ejército federal, y convocaba á los ciudadanos al socorro de la patria en peligro. Por las calles marchaban batallones armados al son de clarines y tambores. Sus iglesias estaban llenas de voluntarios que invocaban al Dios de sus padres ántes de marchar al combate. En todas partes mezclábanse los cantos de guerra á los himnos religiosos. Padres, madres y hermanas acompañaban á los jóvenes milicianos animándolos. Se tomaban de las manos, se abrazaban y lloraban levantando los brazos al cielo. Aquellas escenas mostraban el ardor de una cruzada.

Llegué á mi casa muy ajitado. Como parisiense, yo habia vivido y crecido en medio de las revueltas y de la guerra civil; son recuerdos que me ponen triste; pero allí en aquella partida hácia la fronteras, en aquel entusiasmo que impulsaba á todo un pueblo á tomar las armas habia algo tan noble y tan grande, que á mi vez me sentí exaltado. Los peligros mismos que arrostraban Enrique y Alfredo no me asustaban; una voz secreta me impelía á marchar con ellos. ¿Yo tambien no tenia un hogar y una familia que defender? ¿No era mi patria la América, donde yo tenia objetos tan queridos?

En mi puerta hallé todo un regimiento de zuavos formado de los voluntarios del barrio. Habian izado sobre un caballo blanco al viejo coronel Saint-John; y el valiente veterano se olvidaba de sus reumatismos y de sus heridas por conducir á los jóvenes al combate.

Al lado del coronel, Rose en traje de capitan, marchaba acompañado de sus ocho hijos y de cuatro hermosos jóvenes, hijos de Green. Fox hecho teniente, estaba en medio de un grupo, y peroraba, jesticulaba y solo respiraba sangre y matanza. Su corbatin y su caja de rapé no le sentaban muy bien con su uniforme y en otro momento me habrian hecho reir, pero hablaba con tanto ardor que le hallé aire de guerrero. Veiase en él otra cosa que un soldado de profesion; era un ciudadano decidido á morir por su pais.

—Vecino, me dijo Rose, contamos con usted; los viejos deben dar ejemplo. Necesitamos un cirujano para nuestro regimiento de zuavos, y usted ha sido nombrado por unanimidad; solo nos falta su consentimiento.

—Ya le tiene usted, contesté. Sí, mis buenos amigos, partiré con ustedes, allá estarémos para velar sobre esos niños, y en caso necesario harémos fuego con ellos. ¡Viva la Union! ¡viva la patria!

Este grito fué repetido en todas las filas; mezclándose al de viva Daniel! viva el mayor!

Yo me sentí lisonjeado por las aclamaciones de aquella juventud, y volví á mi casa con la frente erguida y la mirada brillante. Una nueva vida se despertaba en mi alma, era feliz!

Jenny toda bañada en lágrimas se arrojó en mis brazos, pero no intentó siquiera conmover mi valor. Le parecia natural que el padre acompañase al hijo y que solo las mugeres se quedasen en el hogar.

No menos resuelta estaba Susana; veíase en la palidez de su rostro que estaba profundamente conmovida; sus lábios rogaban, sus ojos miraban al cielo; pero no dijo una sola palabra que pudiera turbar á Alfredo y solo parecia ocupada en los preparativos de nuestra marcha. Mujeres queridas! tambien ellas comprendian el deber y amaban la patria!

Algunas horas bastaron para proporcionarme un uniforme de cirujano; Rose me regaló un escelente ajuar de viaje; compré revolvers, un sable y un caballo. A las tres estuve listo, y debíamos marchar en la misma noche.

No habia reflexionado hasta entonces; la furia francesa me habia arrebatado, pero en el momento de dejar la casa donde habia pasado dias tan felices y completos, sentí cierta tristeza; me parecia que una vez que hubiese partido no volveria mas; y si volvia ¿traeria conmigo á mi Enrique y á Alfredo á quien empezaba á querer como hijo?

Luchaba con tan tristes ideas que me asaltaban sin cesar, cuando el anciano coronel entró en mi casa. Su vista me causó bien; era uno de esos valientes soldados, pródigos de su sangre, avaros de la ajena. No podiamos tener un jefe mas honorable y mas seguro.

—Coronel, díjele despues de haber recibido sus parabienes, estamos solos, puedo hablar á usted con franqueza. Aquí entre nosotros, ¿qué piensa usted de estas nuevas levas? El entusiasmo es una bella cosa, pero qué es eso al lado del ejercicio y la disciplina? Apesar del valor de esos jóvenes, recelo que sus batallones se desordenen al primer fuego.

—Paciencia, mayor, respondió el veterano. Soy menos severo que usted, y sin embargo he hecho la guerra toda mi vida. Dos meses pasados detras de los fuertes de Washington cambiaran á esos voluntarios en soldados. La disciplina es mucho sin duda, pero es un oficio al alcance de los mas ignorantes. Lo que no se dá es el corazon, es la fé, es el amor de la patria. Ahí está el resorte supremo, digan lo que quieran los que arrastran sable. Para manejar la bayoneta es necesario un brazo diestro y vigoroso, pero el alma da la fuerza al brazo.

Algunos años de guerra y de padecimientos bastan para educar á un pueblo é igualar á los dos enemigos. Queda entonces la enerjia moral; ella dice la última palabra, y por eso los mejores ejércitos son ejércitos de ciudadanos.

—Perdone usted, coronel, yo creia que nada equivalia á los viejos soldados.

—Es un error, dijo Saint-John. En una revista ó en una parada, eso puede ser; pero en la guerra es otra cosa. Buenos cuadros, soldados jóvenes y jenerales viejos, eso es lo que se necesita. Para marchar sin quejarse, para obedecer sin murmurar, para arrostrar el peligro de frente, para caminar á la muerte sonriendo, no hay como la juventud. Cuanto mas intelijente, piadosa y patriótica es ella, mas confianza debe inspirar.

En la vieja Europa se abrigan otras idas. Allá reinan todavia las preocupaciones y la adoracion de la fuerza bruta. Aquí la civilizacion nos ha ilustrado. No hay duda que la victoria pertenecerá siempre al jeneral que en el momento decisivo eche sobre un punto dado los mas numerosos batallones. Pero en iguales condiciones un soldado jóven y patriota valdrá mas que un mercenario envejecido en el oficio. Vea usted lo que sucedió en la guerra de la Crimea. En verdad, los veteranos rusos é ingleses combatieron bien, pero á nadie pertenece la corona, sinó á los conscritos franceses, jóvenes heróicos arrebatados al arado por un dia, paisanos el dia antes, ciudadanos al dia siguiente. Hé ahí nuestro modelo, hé ahí lo que tambien haremos de nuestros jóvenes americanos.

—Ustedes no tienen jenerales, le dije. Este pais es una tierra pacífica que hasta ahora ha dado mas agricultores y mercaderes que Césares.

—Tranquilícese usted; habrá jenerales mas de los que usted querria. La guerra es como la caza, un oficio muy comun, en el cual algunos sobresalen desde el primer dia. Un hombre que hoy es herrero, mecánico, abogado, médico quizas, se despertará mañana jeneral en el campo del combate. Recorra usted la historia: hay épocas estériles en que las letras, las artes, la industria están muertas; pero no en que hayan faltado soldados. El hombre tiene instintos de cazador y sanguinarios que la paz comprime pero que no destruye. Que haya guerra y no faltarán héroes: haga el cielo que el pueblo los estime en su justo valor y no les sacrifique la libertad!

—En verdad coronel, usted habla de la guerra con poco respeto.

—Es porque la he hecho tambien, dijo tristemente el coronel. Sé lo que vale ese juego sangriento. Que haya en horabuena retóricos que sentados tranquilamente en el fuego del hogar, se entretengan en celebrar los combates y la gloria; yo me compadezco de semejantes paradojas. La guerra es el mas cruel de los flajelos, el enemigo del trabajo y de la libertad, la ruina de la civilizacion. Ay! de aquellos cuya ambicion desencadena en la tierra esa peste abominable, pero tres veces malditos los que levantan sobre la patria un brazo fratricida! Si Dios nos ayuda les haremos pagar caramente su crímen. La guerra es tambien el castigo del orgullo y de la locura; cruel leccion que no se comprende sinó cuando ya es demasiado tarde.

El ruido de los clarines nos anunció la hora de la marcha. Bajé llevando de la mano á Enrique y Alfredo. Jenny nos abrazó á los tres con el valor de una mujer y de una madre cristiana. Susana, silenciosa y ajitada, nos entregó á cada uno una Biblia que no debia ya abandonarnos. Marta habia preparado un sermon profético, pero á la primera palabra la pobre muchacha sollozó hondamente y tomando á Enrique en sus brazos como á un niño lo inundó de lágrimas y de besos. Yo le estreché la mano, ella me saltó al cuello y medio estrangulado monté á caballo.

En ese mismo instante acudió Zambo con un ridículo atavio; cinturon colorado y azul, sombrero con plumas y un sable que arrastraba por el suelo.

—Señor, gritó, lléveme usted, soy un valiente. Si tengo la piel negra, tengo colorada la sangre. Si no me matan ántes de la victoria, los sacudiré á todos.

No sin trabajo me desembaracé de aquel pobre muchacho. Le hice las observaciones mas oportunas para mostrarle que su valor era ridículo. El que tiene cabello motoso no ha nacido para sacudir sinó para que le sacudan.

Inútiles palabras. Zambo tenia el ángulo facial demasiado agudo para entender los grandes descubrimientos de nuestros injenios. El pobre diablo creíase hombre, cristiano, ciudadano y tenia negra la piel! Era una locura! Fué necesario emplear la amenaza para hacerle entrar, y se volvió adentro aullando de despecho. Ya era tiempo de finalizar tan ridícula comedia; las filas estaban formadas, los tambores batian; partimos.

Mientras estuve cerca de la casa, no me atrevia á volver la vista; las lágrimas se me venian á los ojos y no queria verterlas, pero al dar vuelta la calle miré hácia atras y ví á las tres mujeres que ajitaban los pañuelos y nos seguian con los ojos. Mi corazon palpitó violentamente.

—Dios mio! esclamé, te confio todo cuanto amo.

Por la primera vez lloré, oré y me sentí aliviado.

A las cuatro estábamos formados en batalla en la plaza municipal. Green nos pasó revista, y nos habló de la patria con una emocion que se acercaba á la elocuencia. Su voz fué ahogada por nuestras aclamaciones. En seguida todo volvió al silencio; cada cual se recojió en si mismo. Tal vez era yo el único del rejimiento que estaba ajitado. Cosa estraña! me parecia que tardaba la hora del combate.

En un momento de descanso pasé delante de mis compañeros riendo, hablando, jesticulando, y dirijiendo una palabra á cada soldado. Me burlaba de los que estaban conmovidos, alentaba á los que trataban de sonreir, á todos ofrecia mis auxilios en la hora del peligro; tenia ya fiebre por combatir.

Humbug que se habia reunido á mí, me observaba admirado.

—Qué hombre es usted, doctor, díjome suspirando. Admiro ese buen humor y esa alegria. Era usted un ciudadano tímido y ahora es usted un soldado atrevido. ¿Es usted irlandes? ¿Tiene usted en las venas la sangre

Non paventis funera Gallia?

Nosotros los sajones llevamos al campo de batalla

Devota morti pectora libera,

pero no tenemos ni ese arranque ni esa gracia caballerosa. Al ver á usted, parece en verdad que el combate fuese una fiesta y un placer el peligro. Usted daria deseos de morir al menos dispuesto.

Un redoble de tambores ahogó mi respuesta. Humberg me abrazó con ternura y me llamó en latin la mitad de su alma; un instante despues habia ya dejado á mi viejo amigo, y para siempre.

La noche era hermosa. La luna que se mostraba temprano, iluminaba á lo lejos prados poblados de álamos y sauces; en el horizonte corrian las olas plateadas de un rio; sentíase cierto encanto en dejarse conducir por el caballo, y en abandonarse á los ensueños en medio de aquella pintoresca campiña.

La dicha del soldado está en que goza de la hora presente sin inquietarse del dia venidero.

Hacia algun tiempo que me abandonaba al placer de soñar despierto, cuando dos hombres á caballo se colocaron cerca de mí. Levanté la cabeza y con gran sorpresa mia reconocí al sombrio Brown y al amable Truth.

—¿Qué hacen ustedes aquí? esclamé. ¿Qué quiere decir ese gran sombrero, ese leviton y ese sable al cinto? Ese traje ni es de un soldado ni de un pastor.

—Doctor, dijo el puritano, la guerra es una cruel enfermedad, que pone en riesgo no solo el alma sinó tambien el cuerpo; usted atiende al uno, nosotros cuidamos de la otra, pues tambien somos médicos como usted.

—Me felicito mucho de tener á ustedes de camaradas; pero el oficio es rudo. Un cirujano está acostumbrado á esto, en él la ternura es un mal desconocido, para que la mano no tiemble, es preciso que calle el corazon. Pero usted, Truth, como resistiria á los ayes de los doloridos, á la desesperacion de los moribundos?

—Ese es mi deber. Dios me dará fuerzas para cumplirle, mientras juzgue útiles ó necesarios mis servicios. Yo pertenezco al señor.

La jornada no era larga. A las ocho hicimos alto. El coronel quiso enseñarnos á marchar; la leccion no era inútil, el rejimiento tenia el aire de una majada de carneros derrotados. Apesar de eso, el valiente Saint-John felicitó á todos los novicios, acostumbrándolos poco á poco á mirarle como á un padre y á depositar su confianza en él.

—Mayor, no se ria usted, me dijo. Antes de un mes igualaremos á los prusianos. Cuando un hombre se cree soldado, ya casi lo es; usted verá lo que es un ejército de ciudadanos.

El vivac se estableció en medio del campo. Encendidas las fogatas, atados á la estaca los caballos, se cenó con apetito con las previsiones que cada uno habia llevado consigo. Para conscritos, aquella primera comida al aire libre era una fiesta; todavia la guerra no les habia hecho sentir la falta de bien estar y el amor del hogar.

Terminada la cena, que duró muy poco, los soldados, en vez de reir y de gritar, sentarónse en silencio sobre sus capas, para escuchar á los ministros. Nuestro estado mayor formó el círculo. Truth se adelantó en medio de nosotros, y abriendo la Biblia, leyó con voz inspirada el himno que cantó David cuando Dios lo libró de manos de sus enemigos.

"El Señor es mi roca, y mi fortaleza y mi Salvador.

"Dios mi fuerte, en él esperaré: mi escudo y el poder de mi salud: mi ensalzador y mi refujio: Salvador mio, de iniquidad me libraras.

"¿Quién es Dios fuera del Señor? ¿y quién es fuerte sinó nuestro Dios?

"El que amaestra mis manos para la pelea, y hace mis brazos como un arco de bronce.

"Perseguiré á mis enemigos, y los quebrantaré: y no volveré atras hasta acabarlos.

"Los consumiré y quebraré de modo que no se levanten: caerán debajo de mis pies.

"Clamarán y no habrá quien los salve; al Señor, y no los oirá.

"Los borraré así como polvo de la tierra: los desmenuzaré y quebrantaré como el lodo de las plazas.

"Vive el Señor, y bendito sea mi Dios: y ensalzado será el Dios fuerte; glorificado sea el Dios que salva." [1]

Mientras que Truth recitaba esta bella poesia, yo miraba en torno mio. Todos los oficiales escuchaban orando, sus ojos brillaban de entusiasmo y de fé. Las postreras luces de nuestros fogones próximos á estinguirse iluminaban sus nobles rostros, dándoles no sé qué resplandor misterioso. Me creia en pleno siglo diez y seis y trasportado á un campamento de cabezas redondas. Y ese es el pueblo, pensaba yo, al cual nuestros diarios de Paris niegan todo patriotismo y toda relijion! No, la tirania militar no se establecerá nunca en esta tierra jenerosa: ese suelo abierto y fecundo para los puritanos, no puede enjendrar sinó la libertad.

Terminada la lectura, estreché la mano de Truth y aprovechándome de mi privilejio, examiné todas las compañias, buscando á mi hijo y á Alfredo. Los hallé juntos acostados en tierra, envueltos en sus capas y hablando en voz baja. ¿De qué hablaban? bien lo sabia yo.

—Hijos, díjeles, el soldado debe economizar sus fuerzas, y lo primero que debe hacer es dormir. Denme ustedes un lugar entre ambos, y sueñen con los ojos cerrados.

Dicho esto abracé con ternura á mis dos hijos, cerré con cuidado mi capa, me acomodé la capucha sobre la cara, y me dormí tan tranquilo y con el corazon tan aliviado como si me hallase en mi misma casa.

Cuando el hombre se dedica á la patria, cuando le es dado sacrificarse por lo que ama, la fatiga es dulce y hasta los peligros tienen atractivo.

CAPITULO XXIX.

Un viaje de placer.

En medio de mi sueño tranquilo, tuve una vision. Un hombre, ó mas bien un fantasma, con mirada burlona y la frente arrugada estaba echado encima de mí y me ahogaba. Reconocí á Jonathan Dream; solamente él tenia aquella mirada terrible.

—Bien, doctor, dijo con voz cascada, la prueba está hecha. Ya no dudará usted del magnetismo y de sus milagros, pues usted se ha convertido en yankee en ocho dias.

[1] II Reyes, cap. XXII.

—Si, si, murmuré, y de ello me envanezco. Tengo una mujer é hijos segun los desea mi corazon, tengo una patria que amar, la libertad que servir y defender, soy dueño de mi vida, creo en el Evanjelio, soy feliz. Si esto es un sueño, por piedad no me despierte usted.

—Bravo! grito la voz, estoy vengado. Ahora en camino para Francia; á Paris!

Sentí una mano que separaba mi capa y se deslizaba debajo de mi capucha. Levantéme sobresaltado, quise gritar, pero fué un esfuerzo inútil! estaba magnetizado. Una mano invisible me agarró por la única mecha de cabello que quedaba en mi calva frente y me arrebató por el aire con una rapidez espantosa.

Todavia no me habia repuesto de una emocion muy natural, cuando me hallé cerniéndome en el cielo, como un pájaro y revoloteando encima de mi casa.

El traidor que me habia quitado la palabra, y que me tenia siempre suspendido, me hizo descender hasta la ventana del locutorio. En aquella mansion querida distingui reunidas en torno á una mesa de labor, á mi Jenny, á mi Susana y á Marta; el pobre Zambo estaba sentado en el suelo y sollozaba en un rincon. Susana con voz entrecortada leía el Evangelio, Jenny y Marta rompian tiras y hacian hilas.

Mi corazon las llamó y las bendijo. Jenny levantó al momento la cabeza.

—Susana, dijo toda estremecida, me parece que oigo á tu padre; estoy segura de que en este momento piensa en nosotros.

—Mamá, repuso Susana; eso que usted dice es estraño, yo tengo el mismo presentimiento.

—Efecto del magnetismo, murmuró Jonathan riéndose de un modo siniestro. ¿Qué dice usted de este esperimento, sabio doctor?

—Dios mio, dijo Jenny, vos que me habeis dado á Daniel y que me habeis dicho que le ame, protéjelo, yo os lo ruego. Léjos de él, léjos de mis hijos, apartad el peligro y la muerte. Pero ante todo, señor, hágase la voluntad vuestra y que vuestro nombre sea bendecido.

—Amen, dijo Susana; amen, dijo Marta y las tres mujeres prorumpieron en llanto, mientras que Zambo casi se metia un pañuelo en la boca para ahogar sus gritos.

O mis amores! yo os abría mis brazos, cuando por segunda vez fuí arrojado al espacio arrebatado por una fuerza irresistible. En un instante desapareció la gran ciudad con sus vacilantes luces, despues de la ciudad desaparecieron los campos, los prados, los bosques, la tierra; no oí ya mas que el silbido del viento y los jemidos de la onda. Noté como en el fondo de un abismo las olas que temblaban bajo los pálidos rayos de la luna. Me hallaba á diez mil pies del oceano.

—Ahora conversemos, dijo el horrible brujo que se cernia encima de mi como un águila que tiene un pichon entre sus garras. Doctor Lefebvre, devuelvo á usted la palabra, y me complacería mucho su amable conversacion.

—Monstruo, esclamé, hasta cuándo seré tu víctima?

—Mi buen amigo, respondióme con mofa, usted no es urbano conmigo. Tutear á un hombre á quien se ha visto apénas dos veces, es una groseria, es á mas una torpeza. Me bastaría abrir los dedos para precipitar á usted en las olas, y no creo que la jendarmeria francesa, á pesar de toad su vijilancia, le fuese aquí de un gran socorro. Sea usted pues bondadoso y diviértame. Estoy cansado, he perdido mucho fluido, me es difícil hacer mas de cien leguas por hora; no estarémos pues en Paris ántes de mañana por la mañana. Nos queda toda una noche que vivir juntos; el tiempo está hermoso, la ruta agradable, séamos pues amigos y conversemos.

En las nubes no se puede conversar mos que de metafísica.

—Señor Jonathan, dije con el acento mas respetuoso, ¿cree usted en Dios?

—Dios, esclamó en un tono de profesor, y como si repitiese una leccion, Dios es una vieja palabra; es la personalizacion de la idealidad.

—Hable usted frances, esclamé.

—Enhorabuena, dijo; Dios es la idealizacion de la personalidad.

—Si ese es el francés de usted, señor brujo, háblemе usted griego.

—Pues bien, dijo en un tono amable, Dios es la categoria de lo ideal, nada mas.

—No entiendo, le dije.

—Eso es por que usted no sabe aleman. La filosofía es una lengua mística que nos viene de ultra Rhin. He visto sabios ilustres que la han hablado veinte años sin comprender nada de ella, y que no han sido ménos aplaudidos por eso.

—Espliqueme usted su sistema, repuse con aparente dulzura. Usted es un gran hombre, un jénio y tendré mucho placer en instruirme en su escuela. Tenga usted tambien la bondad de tirarme un poco menos el cabello, tengo sensible la cabeza y estoy cierto de que Absalon, colgadode su àrbol, tenia alguna dificultad para filosofar.

—Soy discípulo de Espinosa, dijo Jonathan, pero he ido mas lejos que mi maestro. En el mundo no hay ni materia ni espíritu, solo hay un conjunto de fuerzas organizadas que se diversifican á lo infinito; la planta, el animal, el hombre, son otras tantas formas de esta vida universal, otras tantas burbujas de agua que brotan en la superficie del oceano de los seres y que vuelven al abismo para salir de él nuevamente. La vida, la muerte son simples fenómenos sin importancia; el individuo desaparece, la especie dura: eso es lo esencial. Poco importa lo que quebranta la rueda, con tal que jire siempre. Hé ahí mi sistema, él acepta todo.

—Y no esplica nada, esclamé. ¿Quién ha creado esas fuerzas?

—En qué piensa usted doctor? respondió el májico. Crear seria perturbar el órden universal y fatal de las cosas; nunca ha habido creacion. Suponer un comienzo, es suponer una voluntad; esto desarreglaria todo el sistema.

—Yo creia que los sistemas se acomodaban á los heches observados.

—Eso es bueno para los físicos, repuso. Nosotros por el contrario, acomodamos los hechos al sistema; somos filósofos.

—Eso es muy injenioso, dije, pero sáqueme usted de una duda; yo creia que el hombre no era muy antiguo en la tierra.

—Esa es mi opinion, repuso; hace doce ó quince mil años á lo mas que el hombre apareció; pero eso no es una creacion. La naturaleza....

—Qué cosa es la naturaleza, señor Dream?

—Es por otro nombre la fuerza universal.

—¿Qué es la fuerza universal?

—Por otro nombre la naturaleza.

—Agradezco á usted esta esplicacion filosófica.

—La naturaleza, repuso, siente en ciertas épocas una duplicacion de enerjia, una especie de fiebre, y entonces rehace y si es necesario transforma ciertas especies. Así fué como apareció el hombre sobre la tierra; segun todas las aperiencias, es un mono ó un perro dejenerado.

—¿Y la palabra, y la conciencia? esclamé.

—Eso es poca cosa, dijo. Eso pende de una simple modificacion fisiolójica. Un poco mas de finura en la composicion de la larinje ha hecho de un grito bestial un lenguaje articulado. No hay conciencia posible sin un aparato nervioso; por consiguiente, la conciencia es asunto de nervios. Bastó una acumulacion de la sustancia gris, un juego de la naturaleza para enjendrar á ese señor de la creacion.

—Pobre señor, ciertamente, si no es mas que el primero y el mas perverso de los animales.

—No, dijo Jonathan, porque, gracias á su aparato nervioso, tiene ideas jenerales y he ahí lo que hace del hombre una especie aparte. Es el único animal á quien se divierte y á quien se engaña con palabras. El hombre ve ciertos hechos que se reproducen en serie regular y que él llama verdades; imajina una verdad universal que comprende y sostine todas las verdades particulares; nota cosas bellas, figúrase una hermosura que es el modelo y el tipo de todas las demas. Hé ahí lo ideal que le seduce y consuela; á eso llama Dios la jente sencilla.

—Muy bien, le dije, comienzo á entrever lo que es la categoria de lo ideal. El alma es un cristal que refleja lo que no existe, ó si usted quiere, el hombre se ve á sí mismo en ese espejo de aumento; ante esa imájen agrandada es que él se prosterna cual otro Narciso.

—No está malo eso para un novicio, dijo el brujo.

—Así pues, nada hay superior al hombre en el universo?

—Conclusion lójica, dijo Jonathan.

—Si nunca hubiera habido hombres en la tierra, no habria habido idea de Dios, y de consiguiente Dios no existiria.

—Maravilloso! ya veo que usted se hace filósofo.

—No por cierto, esclamé. Ignoro si mi modo de ver depende de la estraña situacion en que me encuentro, pero me parece que toda esa metafisica está como yo, suspendida en el aire de un cabello. ¿Qué quiere decir esa naturaleza que tiene duplicacion de enerjia? Una palabra, para reemplazar al ser supremo que en su bondad creó libremente al hombre y al mundo. ¿Qué significa ese cambio de tejidos, esa metamorfosis de aparatos, sino una frase sonora que esplica lo desconocido por lo imposible? ¿Qué es esa fuerza sin conciencia é inmoral que produce una criatura dotada de conciencia y de moralidad? Una quimera. A la altura en que estoy, se juzgan las cosas de una manera muy diversa, no se paga uno de vanas palabras: las leyes físicas, es decir un órden intelijente, una creacion constante y continua, me revelan y me gritan que una voluntad siempre activa y siempre presente sostiene al universo é impide que se disuelva. No veo á la naturaleza en parte ninguna y siento á Dios do quiera.

—Bravo, tres veces bravo! dijo el májico.

—Lo que usted esponia no es pues su sistema? repuse asombrado.

—Ese sistema es mio, díjome, puesto que le he robado; pero no creo absolutamente en él. Ayer al pasar por Tubingue, adonde iba á visitar á uno de mis buenos amigos, honrado teólogo que siempre está soñando, observé á un gran metafísico, que á fuerza de tanto escribir se habia dormido sobre Hegel. De un mismo golpe le vendimié su pipa, sus espejuelos y su sistema; al despertar no habrá hallado mas que sus ojos para ver y su espíritu para discurrir.

—Pobre hombre! esclamé; que hará de esos instrumentos que nunca le sirvieron?

—Bah! dijo el brujo, usted no conoce á los filósofos alemanes; son gusanos de seda que viven en los libros; del primer libro viejo que les cae á la mano sacan un hilo con el cual se envuelven en un buen sistema á prueba de luz y de ruido. Mi hombre se desquitará tejiendo un nuevo capullo. La verdad no es nada, la lójica es todo. Hegel ha muerto, viva Schopenhauer! Siempre hay un rey en esa dinastia de soñadores.

—Señor, le dije, esos chistes son crueles. No se debe tener á un hombre á diez mil pies de altura para burlarse de él

—Señor, contestó en un tono áspero, sus preguntas son impertinentes. ¿Cómo se atreve usted á preguntar á un *spirite* si cree en Dios? Solo nosotros sabemos lo que es el alma, nosotros solos tenemos en la mano la prueba de su inmortalidad.

—¿Qué es pues el alma? pregunté con impaciencia.

—Es una fuerza magnética, respondió Jonathan. Esta sustancia simple creada por Dios, está dotada de conciencia, hácese á si misma una cubierta como el grano de trigo arrojado en la tierra se convierte en raices, en cañas y en espigas. Cuando el cuerpo ha envejecido, el alma siempre jóven y siempre activa echa de sí esa cubierta decrépita y se va á un mundo mejor á buscar una forma nueva para su inmortal enerjia. Vea usted esos globos que centellean en el espacio: Júpiter, Saturno, Sirio! otras tantas esferas habitadas por espíritus que se elevan. Subir la escala infinita de la creacion, aproximarse siempre á Dios sin alcanzarlo nunca, tal es nuestro glorioso destino. La muerte no es mas que un pasaje á una vida mas intensa. Nada se aniquila aquí abajo, nada, ni un átomo de polvo. ¿Como ha de estinguirse la conciencia? ¿Es acaso Dios un artista caprichoso que destruya la obra maestra de su grandeza y de su bondad?

—Señor, esclamé, esas palabras son hermosas y me llegan al corazon; pero la prueba, esa prueba que la humanidad pide hace seis mil años, démela usted.

—Nada es mas fácil, repuso Jonathan; volemos hasta Sirio, que brilla allá encima de nuestras cabezas, y allá verá usted una de las estaciones que usted habitará un dia. No hace mucho tiempo que visité allí á Washington.

El ofrecimiente era como para tentar á un curioso, pero aquel brujo maldito ya se habia burlado de mí, y yo desconfié de su majia. Temiendo las incomodidades de un nuevo viaje me negué é hice mal, pues era una ocasion que quizás no volveria á hallar.

—¿Llegaremos pronto? pregunté á Jonathan.

—Hé ahí una pregunta poco amable, me dijo. Mire usted hácia abajo; ¿no ve usted allá en el mar una pequeña luz? Es el fanal del vapor *Arabia*, que salia de Boston el mismo dia en que le trasporté á usted á América; se encuentra á mitad del camino de Europa; fáltanos todavia que andar seiscientas leguas ó seis horas de viaje.

Yo suspiré y no dije nada.

—Mi buen amigo, dijo el odioso májico, está usted desapasible. Si no le agrada á usted la discusion, si la metafísica le afecta los nervios, escoja usted algun asunto familiar, en el cual sea fácil que estemos de acuerdo. Háblemo usted de política.

—Qué piensa usted de la esclavitud? le pregunté; ¿qué piensa usted de la guerra fratricida que dilacera á los Estados Unidos? Sobre este punto no hay mas que una opinion entre los hombres honrados; y supongo que usted detesta el despotismo y que odia la servidumbre, usted, que respeta sin duda una alma inmortal sea cual fuere la piel que la cubre?

—Hé ahí una pregunta enteramente pacífica, pero que es mas delicada de lo que usted cree. No son las leyes las que hacen que un hombre mande y obedezca.

—¿Qué es pues?

—Es el fluido magnético, me contestó con una flema insoportable. Lo que los filósofos llaman voluntad, energía, poder, no es otra cosa mas que ese fluido que constituye nuestra alma. Todos poseen de él una cantidad diversa y desigual. La mujer por ejemplo, es un ser mas magnético que el hombre de donde resulta que en la mayor parte de las familias, por mas que diga el Código, es el marido quien obedece. Los hijos, sometidos tambien por la ley á sus padres, son tiranos domésticos que imponen sus caprichos á toda la casa y hacen de su madre una esclava. ¿Por qué? Porque son muy ricos de magnetismo. Los viejos por el contrario tienen la sangre fria y no tienen ya influencia sobre los que se les aproxima. Los enamorados....

—Gracias, dije bostezando; no hablemos de medicina, hablemos de política.

—Paciencia, dijo Jonathan en tono burlon. Si está probado que los negros tienen menos fluido que los blancos, la cuestion resulta juzgada: la esclavitud es lejítima.

—Señor, le dije, esas paradojas me fatigan.

—Paradojas! Usted no es de su tiempo, doctor Rococó. Lea usted sus grandes historiadores y sus grandes políticos, estudie la cuestion de las razas, verá usted que hoy la moral no es mas que fisiolojía.

Yo tengo una gran bondad natural, todos lo reconocen, con escepcion de mis amigos íntimos, que segun la costumbre no ven sino mis defectos; pero quien se ponga en mi lugar comprenderá que podia faltarme la paciencia. Colgado de los cabellos hacia seis horas, arrebatado sin saber por donde, ni por quien, eran ya sobradas molestias para que se añadiese el que se opusiera una opinion política distinta de la mia.

—Señor, dije con aspereza á mi enemigo, lleve usted hácia otra parte su bello espíritu. No puedo rogar á usted que se marche, pero le declaro que en adelante ya no le escucharé.

—¿Y cómo hará usted? repuso con voz burlona.

—Una palabra mas, esclamé, es un insulto de que usted me dará cuenta.

—Un duelo en estas serenas alturas! dijo el brujo; eso sería orijinal; lo reflexionaré, pero entretanto ha de escucharme usted de grado ó por fuerza, y le desafio á que se separe de mi.

—Usted no sabe, dije rechinando los dientes, usted no sabe lo que un frances es capaz de hacer.

—Le creo capaz de todas las locuras, respondió Jonathan, escepto las locuras imposibles.

—Imposible! esclamé, esa palabra no es francesa.

Y mas pronto que el rayo saqué de mi estuche un par de tijeras y corté la mecha de cabellos que me ponia en manos de aquel miserable.

En el acto caí jirando de derecha á izquierda, como una cometa que desciende. En el primer momento, entregado todo entero al placer de la libertad reconquistada, no me inquieté de aquella bajada rápida y la reflexion no me vino, sino cuando oí el bramido de las olas y el silbido de los vientos. Era ya demasiado tarde. Abrióse el mar para recibirme en sus abismos y menos feliz que Jonas me arrojó sobre las olas jadeante y helado. No perdí el valor y empecé á nadar con un ardor desesperado. Hacer quinientas leguas de esa manera primitiva era demasiado, pero ¿no podria hallar algun buque de vapor en aquella gran ruta del oceano? Miraba á lo lejos, buscaba alguna luz y no veia sino la noche, cuando la horrible fantasma pronta á arrebatarme descendió sobre mí como una golondrina que levanta una mosca de la superficie del agua.

—Doctor, me dijo con sorna, creo que este baño le ha refrescado á usted la sangre; continuemos la discusion donde la hemos dejado.

—Antes morir que escuchar tus detestables sofismas, esclamé, y cerrando el puño, asesté á mi enemigo un golpe tan terrible que crujieron todos los huesos de mi mano. Dí un grito de dolor y....

CAPITULO XXX.

El mas corto del libro y el mas interesante para el lector.

....me desperté en mi cama.

CAPITULO XXXI.

Algunos inconvenientes de un viaje á América.

Al salir de este peligro ó de esta pesadilla, no lo sé bien, fuéme necesario algun tiempo para reconocerme. ¿Donde me hallaba? ¿En qué pais me habia arrojado mi verdugo? Las cortinas del lecho estaban cerradas yo las separé. El aposento estaba sombrio y silencioso; era el silencio y la media luz que rodean á un enfermo.

Cuando mis ojos estuvieron habituados á la oscuridad, eché una mirada en torno mio. Una mesa cubierta de papeles, libros y folletos, amontonados al azar; una biblioteca llena de libros á la rústica y en pasta, unos parados, atravesados otros; un monton de libros viejos que se levantaba del suelo formando una pirámide bamboleante que amenazaba desmoronarse á cada momento; todo estaba en su lugar, era en efecto mi gabinete de estudio! Me hallaba en Paris, en Francia, y al fin de vuelta de mis caravanas. ¿Deberé decirlo? Esta vuelta al centro de la civilizacion me causó un mediano placer; habia ya cobrado gusto á la libertad.

(*Continuará.*)